

ETELVINO GONZÁLEZ LÓPEZ

La revolución de 1934. Otras ópticas.



Es para mí un alto honor hablar en Laviana y más aún si es sobre la revolución del 34. Que no es exclusivamente nuestra sino de todo el mundo progresista; más aún: es una revolución que, como gesta dentro de un largo y doloroso proceso de lucha por la justicia, es propia de toda la humanidad. Nadie, absolutamente nadie, podrá borrar su significado de la historia, en palabras de Belarmino Tomás, pues –como asentó la corporación municipal de Laviana sesenta años más tarde (1994)–, es imposible olvidar la «lucha y dignidad de un pueblo, [por] el progreso y el bienestar de todos y la aspiración de una sociedad más justa e igualitaria».

En Asturias, cuando decimos *la* revolución, la revolución por antonomasia, esa que entendemos como nuestra, estamos hablando de la revolución que tuvo como ámbito las cuencas mineras y la capital de Asturias en el mes de octubre de 1934. Y aquí nos hallamos hoy en uno de los escenarios decisivos de aquellos episodios que estremecieron al mundo. Hoy, justamente hoy, el día en que el general Solchaga ocupó este concejo y se instaló aquí mismo en el edificio en que estamos, el Grupo Escolar, y en la Casa del Pueblo de Laviana.

Tengo la satisfacción de dedicar esta mi intervención al que fue admirado compañero y amigo entrañable, Emilio Barbón y, junto con él ¿cómo no?, a su inseparable Manolita.

CONFERENCIA pronunciada por EteIvino González López, en las instalaciones del CIDAN, de Pola de Laviana, el jueves 19 de octubre de 2006.

0.1. El gesto y el acierto.

Permitidme que en el encabezamiento de esta charla ponga las palabras de un dirigente socialista a quien profeso sincera admiración. José Barreiro García sintetizó en escueta frase todo cuanto podemos decir de lo más valioso y de lo criticable de aquel episodio tan entrañado y dolorosamente abrigado en el hondón del alma de todos nosotros. Lo calificó Barreiro como *Valor del gesto pero no del acierto*. En una columna –la del gesto, del arrojo, de la sinceridad, de la pasión por la justicia y la libertad–, en esa columna nadie puede ganar a los revolucionarios del 34. En la del desacierto hemos de poner unas cuantas cosas, serenamente, cifradas en algo que es incontestable: el fracaso de aquella rebelión. Fracaso, diremos, luego no estuvo bien planteada. En esta perspectiva se sitúa la célebre confesión de Indalecio Prieto (México 1 de mayo de 1942).

0.2. Una aportación novedosa.

No estamos aquí para repetir ni los relatos de lo sucedido ni los juicios en pro (nuestros) o en contra (de los otros). Hay suficiente distancia y documentación para verlo desde ópticas diversas, porque aquellos sucesos tan profundamente arraigados poseen muchas aristas y colorido muy dispar. Por otra parte el

relato nos lo ofrecerán luego en imágenes y testimonios..

Diremos que hay que distinguir tres niveles de razonamiento:

- Uno, en perspectiva internacional y de largo alcance: el ascenso del fascismo, dramáticamente expresado en la massacre de socialistas austriacos en febrero de 1934 que adquiere el máximo relieve y despierta la alarma más trágica. Aquí se veía en Gil Robles la reedición del canciller Dollfuss. Y se tenía muy presente la destrucción de la socialdemocracia alemana por los nazis. Esta es quizás la motivación que nos diferencia de este grupo de analistas de que hablaré hoy, que no la registran y que, sin embargo, constituye para nosotros un motivo de primera magnitud, que convierte la iniciativa revolucionaria en actuación defensiva.

- Otro nivel es el de la frustración social, primero con el escaso alcance de las reformas del primer bienio republicano; luego, con la liquidación de aquellas políticas en el bienio llamado negro. En el mes de mayo de 1934 se liquidaba la ley de términos municipales, una ley que atendía a una racionalización del paro obrero, en especial el campesino. En aquel verano se desencadenó una huelga liderada por la FTT–UGT, sin la complacencia de los dirigentes socialistas, por cierto.

En estas dos tesis se ha apoyado la explicación y justificación de los insurrectos. La radicalización se expresa en

esta alternativa: o socialismo o fascismo. En la cuenca del Nalón la situación es explosiva a raíz de la represión de una manifestación de izquierdas en que muere Saturnino Fernández, de las Juventudes Socialistas; las tensiones entre el ayuntamiento y el gobernador civil por la procesión del Otero; una huelga general recorre toda la cuenca y ocupa la actualidad del mes de septiembre de 1934. Una concentración de las derechas presididas por Gil Robles en Covadonga el día 8 de septiembre pone el contrapunto. Añádase: la destitución de los alcaldes socialistas por el gobernador civil y la detención el día 15 de Belarmino Tomás, teniente de alcalde de Langreo, incomunicado durante cinco días. El detonante lo pone la entrada de la CEDA en el gobierno, el día 4 de octubre.

- Se impone otro punto de vista, que aun formulado entonces (1934–35) ha sido orillado cuidadosamente. Es el juicio de determinados observadores o sociólogos, que volcados en la causa obrera, formularon su propio análisis: su visión tiene valor de claro espejo, nos devuelve con sincera lealtad su juicio sobre los hechos y las circunstancias. Son testigos a quienes une un denominador común: siendo de derechas y por tanto contrarios a toda revolución, enjuician el 34 con análisis penetrante, con ánimo de entenderlo y de poner remedio a sus profundas causas; si condenan la revolución en lo que tuvo de exceso, de violencia, de

brutalidad, la comprenden en sus causas a las que aportan comprensión y alientos para salir del hoyo.

Son cuatro hombres sociales como se decía entonces, dos clérigos y dos laicos. Tres de ellos asturianos; el otro, agonista directo de los sucesos. Aquellos, ausentes los tres por razón de sus ocupaciones profesionales, pero seguidores atentos y analíticos. Los cuatro escribieron sobre lo que acababa de acontecer en Asturias, en la prensa nacional y aun en publicaciones extranjeras.

MAXIMILIANO ARBOLEYA, lavianés, canónigo.

ALFREDO MENDIZÁBAL, profesor de la Universidad de Oviedo.

JOSÉ GAFO MUÑIZ, lenense, dominico, diputado por Navarra.

ARMANDO PALACIO VALDÉS, escritor lavianés.

Constituyen lo que Paul Preston llama la pequeña ala católico-social. Creo que escuchando a estos testigos lúcidos contribuiremos a la comprensión de una compleja historia que, por cercana, se nos hace necesaria para entendernos a nosotros mismos en la actualidad. Oyendo sus razonamientos contribuiremos a derribar los muros de incompreensión que aún quedan entre nosotros y que tenemos la impresión de que se quieren reforzar desde ciertos intereses políticamente inconfesables. Ellos nos abaste-

cen de instrumentos muy importantes para ese trabajo de la *memoria histórica*. Y terminaron así:

Arboleya tuvo graves dificultades con el Comandante Caballero. Acabó relegado al ostracismo en Meres hasta 1951 en que fallece.

Palacio Valdés fallece en el Madrid cercado, en 1938. Su verdadero pensamiento social es secuestrado.

Gafo es asesinado en Madrid el día 4 de octubre de 1936. Su copioso mensaje es relegado hasta hoy.

Mendizábal organiza en Francia los Comités por la paz civil en España con Maritain, Mauriac, Mounier. Vive en el exilio, destituido de su cátedra.

1.- UN LENGUAJE DIFERENTE .

En 1984 la Fundación Barreiro, presidida por Pablo Gacía, organizó un gran debate bajo la dirección de Germán Ojeda, que está publicado. Antonio M^a Calero aplicó allí un método inteligente analizando el lenguaje con que la derecha más reacia se expresaba; esos modos son muy elocuentes y nos ayudan, en sentido contrario, a diferenciar la visión de nuestros cuatro analistas.

Francisco de Cossío, Manuel Bueno, Víctor Pradera, César G. Ruano, José M^a Salaverría, Ramiro de Maeztu se expresaban en el *ABC*. A todos ellos les caracteriza, junto a un pesimismo apocalíptico, el espíritu de vindicta. Justo lo contrario que a nuestros cuatro analis-

tas; los cuales jamás utilizan el lenguaje mítico-simbólico de aquella derecha según la cual los revolucionarios eran fieras a las que había que tratar como tales, bestias, hordas de ferocidad y perverso instinto de destrucción, escoria, podredumbre y basura que roe las entrañas de la Patria, chacales repugnantes, que había que tratar como bestias. Con escándalo refiere el padre Gafo aquel chascarrillo que circulaba entre los diputados de la derecha. «Menos *Rerum novarum* y más *Martinez Anidarum*». Menos justicia social y más caña o represión.

Tampoco acuden nuestros cuatro católicos sociales a mitificaciones paranoicas: los hechos no son debidos a «un propósito incalificable de secuestrar, asesinar, destruir» (Melquíades Álvarez). Gafo rechaza expresamente el recurso a la conjura judeo-masónica. Ninguno de ellos invoca la Patria hipostasiada como representación esencialista y absoluta poseedora de la razón, protegida por Dios (Maeztu). Ninguno de ellos lo hace; tampoco con su patria chica, la Asturias del covadonguismo tan manipulado por la propaganda derechista del momento.

Presentábase a la Patria como indisolublemente unida al ejército salvador (Calvo Sotelo), y hasta se llegó a decir «el ejército es España» (Maeztu). Para nuestros analistas el ejército era simplemente el poder coercitivo del Estado o el brazo armado de la nación.

Finalmente no exhiben referentes políticos tales como ataque a la Consti-

tución, o a las instituciones, deslealtad a la República, rechazo de los resultados electorales. Su mirada penetra más allá, yendo al fondo del problema social y humano. Veamos a grandes rasgos sus puntos de vista.

toda dirección partidista o política. Por lo cual era atacado tanto por socialistas como –y con más saña– por los poderosos círculos católicos sostenidos por los jesuitas, alentados y financiados por el poderoso marqués de Comillas.

2.– DIAGNÓSTICO DE LOS TESTIGOS.

El odio y la dinamita.



No es justo ni político imputar en bloque todas las responsabilidades a los que fueron ejecutores materiales de un vasto plan preparado fuera de ellos.

A. Mendizábal

Sea primero el lavianés MAXIMILIANO ARBOLEYA MARTÍNEZ, canónigo, esforzado luchador de la causa obrera, que en 1934 había acumulado un brillante palmarés de publicista (más de 30 libros e infinitos artículos y conferencias), que en aquellos mismos días presentaba en la Semana VIII Social de Zaragoza una ponencia sobre la apostasía de las masas campesinas, subsiguiente a la de las masas industriales que había detectado ya en 1900. Promotor de un sindicalismo ‘puro’, es decir independiente de toda tutela patronal y de

Cuando Arboleya regresa de Zaragoza a Asturias, la desolación es total. En una dramática carta relata el cuadro de destrucción material y humana que presenta Oviedo. « Todo lo que sufrí en esa pensando en lo aquí ocurrido es nada en comparación con lo que me está haciendo sufrir la realidad espantable de la ira de Dios pasando sobre un pueblo como creo que no ha pasado jamás en la historia...El odio y la dinamita». «Me decía un sacerdote de gran talento; «si esto es un castigo, hemos de confesar

que resulta perfecto y acabado: inmejorable».

¿Podía haberse evitado?

La respuesta la daba don Luigi Sturzo refiriéndose al propio Arboleya: «Si se le hubiera escuchado, los católicos españoles no pasarían hoy, a los ojos de los obreros, por defensores de patronos incluso injustos». Y el célebre Alberto Onaindía afirmaba que Asturias podría haberse librado de aquellos días de luto y lágrimas si sus ideas y su labor hubieran sido secundadas en vez de las embestidas y calumnias con que le habían perseguido las clases conservadoras.

«Los sucesos dolorosos de Asturias están previstos claramente, y para vergüenza de los católicos de aquella región, en las mismas obras escritas por la pluma ardorosa de un gran propagandista social católico –Arboleya Martínez– que desde hace más de treinta años clamaba en el desierto de la incompreensión profetizando claramente todo esto de ahora, que los sordos o cosa peor que le rodeaban se empeñaban en no querer vislumbrar».

«Este hombre infatigable –escribía José de Artexe– se nos antoja un verdadero y triste triunfador del país asturiano... Arboleya ha sido siempre un triste fracasado... la inmensa labor católica de un hombre a quien los mismos católicos se dedicaron a destrozarle».

Pues bien, lo más dramático era

para Arboleya que «Nadie ha aprendido nada. He ahí el verdadero drama». Por lo demás, como sacerdote, le interesaba un aspecto de todo aquel maremoto: Los obreros y la Iglesia.

«Por razones que no tengo para qué especificar –decía– aunque ello resultaría hartamente fácil, nuestros obreros y empleados, por lo general, dan como cierto:

a) Que la Iglesia Católica, y consiguiendo cuantos por ella trabajan y se dejan inspirar, son los defensores acérrimos del Capitalismo opresor y enemigos de la clase obrera;

b) Que los Sindicatos llamados ‘católicos’ tienen como exclusiva finalidad la defensa de la Iglesia y del Capitalismo, haciendo a los sindicatos cada día más sumisos y resignados frente a esos sus dos supuestos y temidos enemigos.

Guste o no y por absurdo que parezca a quienes desconocen los verdaderos orígenes de mentalidad semejante, esa es la de casi todos nuestros trabajadores. Y, después de lo visto y palpado en Asturias, bien podemos afirmar que hoy el odio feroz a la Iglesia es muy superior al que inspira el Capitalismo. Basta para afirmarlo rotundamente fijarse en la clase de personas perseguidas y asesinadas y de edificios destruidos por la dinamita y por el fuego» (M. Arboleya, citado por D. Benavides, *Obra citada*, Siglo XXI, p. 266).

ALFREDO MENDIZÁBAL VI-

LLALBA no era asturiano, pero llevaba varios años como profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Oviedo. Fue testigo de los sucesos de la capital asturiana; pasó la amargura de ver arder la biblioteca universitaria y con ella sus propios libros y sus trabajos, resultado de ocho años de estudio. Fue alentador, en Francia, de los comités que propugnaban un final pactado de la guerra civil.

Una verdad terrible y compleja.

Nos ofrece Mendizábal un testimonio de verdad, de esa verdad terrible y compleja sobre la revolución de los mineros asturianos, sobre su marcha insurreccional hacia Oviedo y el martirio de aquella ciudad y sus habitantes. Escribió para la revista *Études*, «*Octobre rouge. Neuf journées aux Asturies (Témoignage)*», recogido luego en su obra *Aux origines d'une tragédie*, publicado en París (1937) con un largo y profundo prefacio del filósofo Jacques Maritain.

Mendizábal cuenta cómo estaba en un grupo de quince personas en una casa abandonada.

«Una guardia de comunistas bien armados vivía con nosotros y compartía con nosotros los alimentos —excesivamente raros— y lo sufrimientos de una vida llena de inquietudes. Durante nueve días y sus noches terribles no oíamos más que la voz de fusiles, metralletas y cañones, detonaciones incesantes de

dinamita. Pero en cada uno de aquellos hombres del pequeño grupo revolucionario que allí descansaban del combate en nuestro refugio, se manifestaban las virtudes caballerescas de los españoles. Durante muchos días estuvimos en sus manos, podían hacer lo que quisieran, incluso matarnos, porque podían vernos como enemigos ya que a sus ojos éramos 'burgueses'. Sin embargo no podemos sino elogiarlos: en el rudo minero fanatizado por la propaganda revolucionaria, encontramos una nobleza de corazón, una actitud caballerosa y una alta consideración de la mujer que era difícil de suponer tras la escarapela roja de los soldados de la revolución social. Aquellos hombres se lanzaron en medio de las balas para asaltar una confitería al saber que llevábamos días sin comer «porque no podían tolerarlo, ya que había mujeres con nosotros». Cuando regresaron con tres grandes bandejas llenas de pasteles y cubiertas de cascos de tiestos que caían de las ventanas por la fusilería, ellos, que no habían comido en todo el día, no quisieron en absoluto tomar nada antes que nosotros. Aquellos hombres no quisieron cachearnos, porque «era suficiente nuestra palabra de honor» para estar seguros de que no llevábamos armas. Y cuando tenían que batirse cruzaban la calle —con riesgo de su vida— «para no comprometernos», separándose de nuestra casa que podía sin embargo servirles de abrigo.

Fraternidad.

Todo cambió entre ellos, de forma que se creó algo más que una amistad, una verdadera fraternidad: »Camaradas mineros, tan rápidamente transformados de adversarios en amigos por una vida en común, vosotros ponéis como objetivo de vuestras luchas la búsqueda de una sociedad en la que la justicia se oponga a las injusticias sociales del capitalismo. A esa sociedad que creéis más justa habéis sacrificado vuestro presente y vuestro porvenir, incluso estáis dispuestos a sacrificar vuestra vida. Sabed que, sin embargo, en otro campo, tan diferente como alejado del vuestro, hay hombres que también reniegan del capitalismo injusto y su materialismo, y que reniegan al mismo tiempo y por las mismas razones de la violencia de la revolución y del materialismo radical del marxismo. Y esto porque piden una profunda y verdadera revolución interior (de cada uno en lo más profundo de sí mismo), que es la única que podría alcanzar a transformar la sociedad en sus fundamentos».

Desarmar la revolución.

No es justo ni político imputar en bloque todas las responsabilidades a los que fueron ejecutores materiales de un vasto plan preparado fuera de ellos. La culpabilidad tampoco se limita a los ins-

tigadores directos y a los organizadores del movimiento; hay que mirar más al fondo de las cosas, para sacar de esta espantosa experiencia una enseñanza para la sociedad en cuyo seno fueron posibles tales horrores. ¿No hay ciertas responsabilidades de las que pedir cuenta a las clases dirigentes del capitalismo y de ciertos hombres públicos cobardes e ineptos?

Se ha creído sin embargo poder arreglarlo todo con una dura represión que no podría resolver el problema de fondo que la sociedad española tiene planteado como antes. Cuando se han cometido numerosos crímenes el rigor de la justicia es desgraciadamente inevitable. Pero la represión en Asturias, feroz en su fase militar, inicua en su fase judicial, ha sido un modelo de aberración. ¿Cómo consiguió el gobierno ahogar esta revolución que durante dos semanas tuvo la apariencia de una guerra devastadora? Con la colaboración de la Legión Extranjera, los moros del protectorado. Esos cuerpos constituidos por soldados magníficos (magníficos, precisamente, como guerreros, a causa de su salvajismo), desembarcaron en España dispuestos a reprimir a cualquier precio la sublevación del proletariado en armas. Después de los combates, dominaban las zonas rebeldes por medio de la violencia más brutal, sin respeto alguno por las leyes de la guerra; los prisioneros fueron ejecutados, muchos sin juicio, en las primeras jornadas de la «pacificación», en

número desproporcionado a las víctimas caídas en el curso de los combates.

El terror ejercido durante ese periodo de dominación militar en Asturias lógicamente había de generar el odio insaciable de los oprimidos, de los perseguidos, acosados por todas partes incluso por delitos de opinión, castigados al arbitrio policial, azotados y fustigados a veces... La sangre tan estúpidamente

en cuanto se restablecieron las comunicaciones. Llegó en tren a Pajares donde se detuvo para visitar a familiares y obtener noticias de los suyos; tenía familiares y amigos en ambos frentes. Bajó a Campomanes, con sorpresa vio en la carretera a su párroco que departía tranquilamente con unos vecinos; subió a su pueblo, Tiós, donde lo encontró todo más o menos como antes, aunque supo



Después de lo visto y palpado en Asturias, bien podemos afirmar que hoy el odio feroz a la Iglesia es muy superior al que inspira el Capitalismo.

M. Arboleya

dilapidada, y los sufrimientos tan obstinadamente infligidos, iban a producir un estado de rebelión dispuesto a reaparecer.

JOSÉ GAFO MUÑIZ, dominico, abanderado de la sindicación libre, llevaba dedicando todo su esfuerzo, estudio, apoyo a la causa de los obreros desde los años de su formación en Salamanca. Fundó en 1914 el primer sindicato libre en Madrid. En el año 1934 era diputado por Navarra y como tal vino a Asturias

de desgracias y desmanes en otros lugares. Su gran preocupación era la suerte de su hermana Josefa y su cuñado Eusebio Montero que vivían en Turón, donde las cosas habían estado muy calientes. Estaban bien. La vista de Oviedo le horrorizó; las noticias de tanta catástrofe humana le desbordaba según declaró en la prensa ovetense. Más adelante calificaría aquellos días y meses como los «más amargos de mi vida».

Me detendré más en exponer la postura del padre Gafo por ser quien más largamente se expresó y quien tiene

una visión más de conjunto y, creo yo, más incisiva.

CAUSAS Y RESPONSABILIDADES.

Regresó a Madrid con la agenda llena de datos y el alma estremecida. Hubo discursos en el Congreso de los Diputados y él no intervino «porque el debate sobre los sucesos de Asturias excesivamente largo, se mantuvo casi siempre sobre el terreno de lo episódico y derivó rápidamente a lo político, y ese doble aspecto no me interesa mayormente. No se entró a fondo en su aspecto social, que es su verdadera característica. Más aún, se soslayó intencionada y hábilmente, con el dato parcial de los jornales elevados de los mineros asturianos» (Gaceta Regional, Salamanca 20.11.1934).

Crisis minera constante.

Y él explicaba: «Como si en Asturias no hubiera paro forzoso, no hubiera mucha miseria y hambre; como si la minería no estuviese en constante crisis, si para los patronos, mucho más para los obreros». «...en este ambiente injusto de tanta miseria e inseguridad es donde se forjan las revoluciones» (JG, *El Carbayón* 26.10.1934).

Hoy nos lo explican los especialistas con la rotundidad de los datos matemáticos: Fábrica de Mieres –varias veces intervenida por los obligacionistas por su situación de quiebra– adeudaba a media-

dos de 1934 cuatro meses de jornales a sus obreros y Duro–Felguera no pagaba las vacaciones (Germán Ojeda). Aquella situación aquejaba a 5.300 familias, según Amador Fernández y en el verano de 1934 se postulaba pedir al Gobierno dinero para librar a una población de 30.000 personas de la hecatombe económica. No era coyuntural aquella situación, se venía viviendo un largo periodo –años 20 y 30– de crisis y es aquí –dice Adrián Shubert– donde han de buscarse los orígenes de la revolución asturiana». Crisis crónica que venía desde el final de la Guerra Europea y llega al verano de 1934 en forma de huelga general.

Pues bien, para el padre Gafo estaba completamente claro: 1º) Que en la raíz de toda cuestión política y social hay una cuestión económica. 2º) Que el problema económico, inferior en categoría, tiene una primordialidad que no se puede eludir. Así lo había advertido ya en el Parlamento en el mes de mayo (DSC 84, 293b). Así, el primer acto de heroísmo a realizar por el pueblo es la conquista del pan... porque:

»Patria con hambre, familia con hambre, propiedad con hambre, democracia o no democracia con hambre, orden con hambre, dictadura o no dictadura con hambre, ejército o no ejército con hambre, hombres y gestos políticos con hambre a la vista de la mayoría del pueblo ... no puede ser sino ofreciendo a ese pueblo hambriento el pan nuestro de

cada día. No es posible otro recurso ni otra bandera ni otro programa».

Y no debía de estar errado puesto que en enero de 1934 Fernando de los Ríos advertía a Azaña que la exasperación de las masas era incontenible, al punto que desbordaban a los propios dirigentes socialistas.

El padre Gafo dirige su mirada crítica al punto esencial del problema: la pobreza, más aún, la miseria de los trabajadores. Ese es el caldo de cultivo de la Revolución:

«...aspiro a que no haya pobres y miserables, porque en este ambiente injusto de tanta miseria e inseguridad en el vivir es donde germinan la mayor parte de los revolucionarios y se forjan las revoluciones» (El Carbayón, 26/10/34).

En cuanto a la persecución religiosa, es rotundo: la Revolución no era antirreligiosa sino anticlerical. Sostiene esta tesis a sabiendas de que solivianta a amplios sectores, pero basado en el conocimiento de los medios obreros, en concreto de los mineros asturianos. Complicidades de confesores en la dirección de las conciencias sin exigencia de los deberes sociales, confesores acomodaticios: «... los causantes remotos quizá sean muchos directores de conciencias, muchos apóstoles remisos, perezosos, durmientes, asustadizos, egoístas, utilitarios, la llave de cuya conciencia se guarda en la caja de la comodidad o se aplica y retuerce para justificar un estado de cosas que no es justo».

Había eclesiásticos que trajeron el descrédito para la propia Iglesia, acusada de impostura y traición a su propio mensaje, desvirtuado y reducido a la ineficacia. Ahí había que situar —pensaba— la raíz del odio y de las violencias: al descrédito del clero llamado social y hasta al descrédito de la Iglesia, entreverado del odio sangriento que se ha manifestado en los asesinatos de clérigos e incendio y devastación de iglesias de esta Revolución, acentuado todo después de los incendios de mayo del 31».

Denuncia la responsabilidad de los empresarios con una práctica social y económica que exaspera a las masas trabajadoras, las prácticas económicas del capital:

«Indudablemente los causantes inmediatos son los ricos Epulones, los grandes capitalistas y propietarios, los grandes financieros, amos del mundo, a cuyas conciencias, a cuyas de caudales no ha llegado todavía el Cristianismo, como no ha llegado todavía al centro de África».

«No sólo, ni más gravemente, se perturba el orden con los alborotos callejeros y con la literatura inflamada de la prensa y de la tribuna demagógica, sino con el silencioso, diario y cruel apretar los tornillos de la complicada maquinaria económica y financiera desde los consejos de las empresas, al triturar a los trabajadores y succionar su sustancia y la retribución que se les debe en justicia por la actividad útil que desarrollan.

He ahí la principal fuente permanente de las convulsiones sociales y el germen oculto del espíritu revolucionario. No habría revoluciones ni revolucionarios si no hubiera una causa profunda que induce a producir esos actos de violencia en que los mismos revolucionarios, lo saben de antemano, se exponen a sufrir muy graves daños, incluso la muerte o la pérdida de la libertad por más o menos tiempo».

Contra la extrema derecha.

Apuntando a todos los teoréticos que se ofrecían como conductores de España, el padre Gafo descalifica a los eslóganes de la extrema derecha y de los nacientes grupos fascistas, que pretenden embaucar al pueblo:

«Palabras, banderas que están muy en boca y manos de quienes tienen su problema económico personal y familiar resuelto y por ende pueden permitirse el lujo de filosofar y planear sistemas políticos.— La Patria, la España gloriosa, el destino imperial, la Religión, el orden, la familia... Diríase que están gastadas a fuerza de usar o abusar de ellas esas palabras, o que está agotado el espíritu español. (JG, 7.3.1936).

En aquellos días («los más amargos de mi vida») pudo experimentar la incidencia negativa de las posiciones políticas de la derecha en el bloqueo de las soluciones sociales. «¿Qué cosas se dijeron, Dios mío!» Y aquel espectáculo

le conduciría, por un lado a una cierta radicalización de su postura social («que vengan las izquierdas hasta que las derechas entren en razón») y por otro a retirarse de la palestra política negándose a concurrir a las elecciones de 1936.

LLAMADA A LA AUDACIA

En la primavera de 1935 el padre Gafo recorre Asturias dando conferencias: Grado, La Felguera, Oviedo. De Sama, Ujo, Mieres, Turón, Lena, conoce la situación dejada por la Revolución y las reacciones represivas componen una verdadera catástrofe social, moral y económica; entiende que —al contrario de lo que se hace— no se debe esperar todo de los gobiernos. Y alza su voz para estimular a las fuerzas económicas a iniciar con generosidad una reactivación material y ciudadana; a todos, para llegar a un pacto social que saque del marasmo a una sociedad hundida en el hambre y la miseria, en la tristeza, por las represalias y crueles venganzas, en el rencor, en las ansias de desquite. Contempla el cuadro dramático de la Asturias del 35, descalifica las dos vías que se siguen: ni la asistencia social que practica la Iglesia ni la represión que practica el Estado traerán una solución de justicia y paz. Y se dirige desde *El Carbayón* (13 de abril de 1935) *A los patronos asturianos*.

Se presenta como asturiano nacido y criado en un ambiente de trabajo, en el que se venían combinando las faenas del

campo, de la minería, de la industria y del comercio; evoca años de prosperidad, de sana alegría y de relativa paz; como hombre que, de cerca o lejos, nunca ha dejado de seguir paso a paso las vicisitudes de su vida económica y social, «en la que van envueltas también sufriendo sus efectos, la vida moral y religiosa de mis paisanos, no puedo menos de alzar mi modesta voz, ahora que recorro sus

muere de hambre y de tristeza; otra buena parte se consume y autoenvenena en la desesperación; otros entre vengativos y esperanzados en resurgimientos miraculosos o mesiánicos, aprietan las bolsas, contraen los negocios, amurallados en sus pocas o muchas reservas, y Asturias decae visiblemente, en todos los órdenes de la vida, cuando tiene potencia suficiente para levantarse por sí misma,



Es preciso que todos sepamos leer la historia con esa lealtad a la verdad, sin renunciar al rico legado histórico del socialismo como lucha esforzada por la igualdad y la justicia.

pueblos, escucho sus latidos y contemplo los estragos de todo orden causados por los pasados sucesos, para decir algo que hierve en mi alma y sale incontenible a mis labios:

«Asturias no puede continuar un día más en este estado de sorda inquietud, de medrosa pasividad, de tirantez de relaciones entre patronos y obreros, engendradora de odios no extinguidos y reconcentrados en apetencia de mutuas represalias y crueles venganzas. Hay que superar el pasado con gran esfuerzo del alma. Lo piden los sentimientos humanos y cristianos. Media Asturias se

por los brazos afanosos de trabajo de miles de sus hombres en paro forzoso, por la inteligencia de sus ingenieros y empresarios, por su capitales muertos. ¿A qué espera?

¿Al aplastamiento total de los que quisieron, locamente, destruir todo lo existente? Sería otra locura mayor. No lo conseguiréis; sería esto continuar el sangriento y peligroso desquite. Una clase entera de la sociedad, necesaria como es, no puede desaparecer, como tampoco puede desaparecer la otra. Lo que se puede y debe hacer renovarlas ambas, como se renuevan todos los días sus

elementos componentes. La Revolución ha castigado profundamente a todos; ha quemado muchas cosas; la Justicia sigue su papeleo, su calvario de actuaciones...

Concordia generosa, rectificación por ambas partes contendientes, previa una capitulación abierta, en exaltación de los deberes humanos y ciudadanos, a la que debe empujar el clamor del ambiente público.

Patronales, Consejos de Administración ... de Asturias, hombres de negocios, banqueros, rentistas, ¿qué hacéis? Yo creo que se está dibujando una nueva figura de responsabilidades.

No es cuestión de Asistencia social, de hacer el papel de don Juan de Robres [«con caridad sin igual, creó este santo hospital, después de crear los pobres»]. Los asturianos que no son capitalistas o rentistas, lo que desean es trabajo, decorosamente retribuido en relación con los precios de las subsistencias. Ensanchad hasta el máximo de elasticidad todos vuestros negocios para dar ocupación a cuantos obreros y empleados de Asturias carecen de ella. Tratad este asunto en vuestras Patronales y Consejos de Administración para proceder a ella. ¿Que no hay tarea para todos en estos momentos? Es preferible rebajar la jornada antes de mantener en holganza forzosa y en hambre desesperada a tantos miles de padres de familia, o de jóvenes en lo mejor y más peligroso de su edad. Decís que necesitáis garantías de orden, de estabilidad y confianza en

los Gobiernos. Mientras haya paro forzoso, tanto número y hambre en tantos hogares, no hay Gobiernos, ni Guardia Civil, ni de Asalto, ni Ejército, por mucho que estas fuerzas se multipliquen y absorban lo mejor del Presupuesto, que puedan garantizar la paz. ...Yo, Gobierno, obligaría a todas las Asociaciones patronales a acometer y resolver por sí mismas, que poder tienen para ello, este problema del paro forzoso, que no es, ni mucho menos, problema de Obras públicas, aunque estas algo pueden aliviarlo.

[...]

Hágase el llamamiento a empleados y trabajadores desde todas las empresas con las perspectivas de nuevos y decorosos pactos de trabajo, sin retroceder un milímetro en las conquistas sociales ya logradas; condiciónese la nueva vida contractual en el trabajo, para la debida solvencia moral y material a que las nuevas Asociaciones obreras sean puramente económicas y profesionales, sin concomitancias políticas; y estemos a los resultados que yo aseguro han de ser en adelante beneficiosos y renovadores».— Fr. José Gafo Muñiz. Diputado a Cortes» (*El Carbayón*, Oviedo 13.4.1935).

El debate convenido con Arboleya.

En réplica a este llamamiento publicó Arboleya *Dos cartas al P. Gafo*, con el significativo título genérico de «*Y ¿cuándo a nosotros?*» La primera (17.4.1935)

Los culpables. La segunda (18.4.1935) *Los remedios*.

El dominico –muy ocupado en viajes de propaganda y visitas a su demarcación electoral navarra–, publicó el día 17 de mayo otra carta al Sr. Arboleya *En torno al problema social*, a la que éste respondió con *Tres Cartas al P. Gafo (El pasado, aleccionador*, día 23), (*Los patronos y los ricos*, 24) y (*La doble 'Acción social'*, el 25 de mayo), debate que Gafo cierra con otra *En torno al problema social* el día 1 de junio y remata con una entrevista que le hace el diario ovetense el día 20 de julio. Era una polémica convenida, como consta por la correspondencia de ambos, pero el método les facilitaba exponer con vigor los diversos extremos de un diagnóstico valiente, de las exigencias y de las condiciones en que la calamitosa situación debía resolverse. Yo diría que Gafo con un optimismo inagotable y Arboleya con un pesimismo realista. Convenida, fue la única polémica que aireó con seriedad y valentía la situación. El verdadero drama era que nadie había aprendido nada.

La Iglesia y los católicos.

Su apelación a las fuerzas sociales derivaba de la evidencia de que poco o nada se podía esperar de la clase política. Visto lo que se discutía en el salón de sesiones y lo que se comentaba en los pasillos del Congreso, confesaba haber perdido toda esperanza, porque fallaba

la condición, que era la Acción Social. En la primavera de 1935, durante aquel viaje por Asturias, se implica activamente en proyectos de reanimación de la Acción Social. Se entrevista con el obispo J. Echeguren Aldama, entrevista «cordialísima y larga, como yo no esperaba. Me preguntó mis impresiones de Asturias en el aspecto social y religioso: Se las manifesté con toda crudeza y sinceridad, manifestándole que había que hacerlo todo pues, desgraciadamente, nada había hecho, por yerros cometidos durante muchos años, mantenidos obstinadamente por quienes o no sabían o no querían realizar una obra social eficiente, sino personal y de capillita. Que la disposición para recibir nuestras doctrinas sociales no eran tan malas en la masa obrera, como lo atestiguaban los auditorios de obreros que en todas partes acuden a las conferencias, aparte otros signos inequívocos ...».

Inmediatamente, por petición del obispo de Oviedo, esboza un plan de Acción Social, como base para una Comisión Social Diocesana que se alumbrará en el mes de junio, de la que el propio dominico formará parte junto con Mendizábal, entre otros, con Arboleya de presidente.

LA REVOLUCIÓN NO VENCIDA.

Subsisten sus causas.

La Revolución sigue ahí, radicando en las razones económicas y sociales,

tal como lo expresaba un joven discípulo del padre Gafo, conocedor también de los medios mineros asturianos: «Ha fracasado lo subversivo, lo fenoménico, lo periférico y circunstancial de la Revolución... ¿Y lo sustancial? Sigue intacto. No le han alcanzado las balas de los Regulares ni las bayonetas del Tercio. Toda la potencia coercitiva del Estado será impotente para hacerle capitular. Sigue parpadeando y sollozando ese anhelo tan arraigado en las masas proletarias de presenciar una más equitativa distribución de la riqueza. Anhelo justo, muy justo, que merece aplauso incondicional. Regatearlo es ponerse de acuerdo con el crimen y el latrocinio» (César A. de Lena OP).

La responsabilidad de la derecha:

«Me es muy doloroso y hasta comprometido manifestarlo, pero debo decirlo alto y fuerte para que se oiga, porque son muchísimos los sordos voluntarios o amodorrados, la responsabilidad principal de esta situación gravísima es de las derechas y, muy especialmente, de las extremas derechas. Soy testigo presencial y actuante de lo que digo, y con los ojos abiertos no puedo negar la luz del sol que nos alumbraba».

Ahora bien —piensa Gafo— esta situación pudo evitarse habiendo escuchado al ministro Giménez Fernández. A este ministro le reconoce, le apoya; las reformas sociales que proyecta son su úl-

tima esperanza. Ahora bien, no le siguió su propio grupo, la CEDA, desde donde sufrió operaciones de desgaste y ataques que redujeron sus objetivos de política social a nada, combatido especialmente por los agrarios a cuya cabeza estaba el poderoso diputado agrario salmantino J. M^a Lamamié de Clairac. Para éstos —rígidos en su empeño de liquidar la Revolución— Giménez Fernández era un «bolchevique blanco», «marxista disfrazado»; de este modo producen la derrota de la pequeña ala católico-social.

Ante aquellas reformas sociales había diputados de derechas que exclamaban «Lo mismo me da que me quiten las tierras en nombre de Cristo que en nombre de Carlos Marx», en respuesta al proyecto de Reforma Agraria de Jiménez Fernández, que advertía que de llevarse a cabo se lograría que todos tuvieran algo aunque muchos que hoy tienen mucho se queden con algo menos.

Dolor, ira y desaliento.

Para el padre Gafo todo ello significa el fracaso de su penúltima esperanza; pero en el Congreso de los Diputados las derechas, mayoritarias, no estaban en sintonía con las necesidades reales del pueblo:

«... cuando recuerdo el ambiente por mí vivido de resistencia y hostilidad salvajes a todo intento reformador... me siento lleno de dolor y de ira; quisiera huir a donde no me encontrase con la

realidad del homo *hominis lupus*, en vez de ser lo que el filósofo que dictó esta frase quería: *homo homini deus*».

No era nueva esta insensibilidad de los de su propio ámbito político a las propuestas sociales. Durante el debate sobre la ley de Términos, mayo de 1934, se puso de manifiesto cuáles eran las actitudes de los de su grupo. Así lo de-

mos falsos e hipócritas de esos bancos, parecieron demostrar un asentimiento a sus palabras, cuando si hubierais estado conformes con él, con vuestros votos hubierais podido imponer vuestro criterio a la Cámara, haciendo que imperara un espíritu de justicia en la derogación de la Ley de Términos»

De aquellas evidencias derivó su ne-



Esta Revolución, en medio de todos sus males, puede traernos grandes bienes como sucedió con la anterior [1917]. Es otro aldabonazo para despertar.

P. Gafo

nunciaba el diputado socialista C. Bilbao Castellanos:

«No me extraña que no nos atendáis a nosotros, a la minoría socialista, a la que habéis declarado guerra a muerte, porque cuando antes el Sr. Gafo, que, lógicamente, está separado de nosotros un mundo, se levantaba dando muestras de un espíritu social muy grande y haciendo justicia a las clases campesinas, no solamente no le habéis hecho caso, sino que incluso tratábais con vuestras conversaciones de que no se le oyera y después votábais en contra suya; únicamente cuando terminó de hablar, unos aplau-

gativa a presentarse en las elecciones en febrero de 1936:

«Ante estas mentalidades que se dicen cristianas y se lo creen, de buena fe, opté por callarme y eliminarme del Congreso, para trabajar en otros sitios. Quizá la Revolución o la amenaza de la misma sea el único remedio de urgencia».

A pesar de todo ello, llevado de su vital optimismo, el padre José Gafo declaraba:

«Esta Revolución, en medio de todos sus males, puede traernos grandes bienes como sucedió con la anterior

[1917]. Es otro aldabonazo para despertar. Si se despierta en efecto y se trabaja en el sentido de rectificación que queda indicado, espero días magníficos para España»

Es sorprendente la coincidencia de base de este juicio con el que formula:

ARMANDO PALACIO VALDES. No estaba alineado orgánicamente en la DC pero se muestra acorde con su doctrina y sus propagandas como evidencian diversas cartas al propio Maximiliano Arboleya recientemente descubiertas por Paco Trinidad. Es un católico sincero, creyente práctico, de criterio independiente, que rechaza el mal uso/abuso de quienes enmascaran posiciones políticas conservadoras o sociales reaccionarias bajo el manto de la creencia o del dogma:

«Yo soy católico pero huyo de las pasiones de los católicos, contrarias enteramente a la doctrina de Jesucristo...

«Es que muchos católicos lo son por reaccionarios. Yo, por católico, soy liberal y republicano si me aprietan un poco».

«Siempre he pensado que los socialistas tienen razón en parte. En aquella parte que se compadece y encarna en la doctrina de Cristo. En lo que no la tienen es en haber fabricado una teoría subversiva en el orden religioso y político. Si el clero se hubiera dado cuenta de eso desde un principio, si hubiera desentrañado las verdades socialistas y en vez de rechazar todo el socialismo con horror

hubiera aceptado lo bueno que hay en él, otro gallo nos cantara. En fin, nunca es tarde si la dicha es buena. Sea Vd. uno de los nuevos campeones que vengan a poner las cosas en su punto y merecerá bien de Dios y de los hombres de buena voluntad.»

Ante la Revolución de octubre escribe en el propio periódico reaccionario, el ABC:

«Estábamos dormidos. No maldigamos del espolonazo que nos ha despertado. Soy hombre de orden, pero prefiero el desorden a la injusticia... A veces, después de una operación quirúrgica, quedamos más ágiles y fuertes... Yo espero para nuestra España días de prosperidad. En el cielo no hay estrellas negras».— *ABC*, 24.11.1934. *Tiempos borrascosos*.

Dos reflexiones de colofón.

1. La ley de la Memoria Histórica puede marcar la hora de depurar las percepciones históricas de los hechos terribles para no repetirlos. Desde nuestro campo ya se anticipó Indalecio Prieto en México (1.5.1942) con una primera revisión: «Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera de mi participación en el movimiento revolucionario. Lo declaro como culpa, como pecado, no como gloria. Estoy exento de responsabilidad en la génesis de aquel movimiento, peor

la tengo plena en su preparación y desarrollo».

Es preciso que todos sepamos leer la historia con esa lealtad a la verdad, sin renunciar al rico legado histórico del socialismo como lucha esforzada por la igualdad y la justicia.

2. El hambre, base de la revolución. Hoy vemos el hambre en millones de

seres y, al lado nuestro, los africanos. Ninguna fuerza coactiva podrá detenerlos. Ni la Guardia Civil, ni la diplomacia, ni las verjas podrán contener a esos millones de seres hambrientos que contemplan nuestro despilfarro. Es necesario un esfuerzo colosal por llevarles el desarrollo. No por humanidad, no por caridad; por pura subsistencia de la especie.✿